

JOSÉ MARÍA TORTOSA

# La nueva carrera de armamentos

*¿Qué factores pueden llevar a una nueva escalada armamentística de alcance mundial? Tras discutir algunas respuestas, provenientes de la economía (el aparente retorno de un keynesianismo que inyecta cada vez más recursos en la producción de armas) y de la política (la necesidad de la actual potencia hegemónica anglosajona de dar una “señal” de advertencia a China, y a la vez “promocionar” las ventas de sus propias armas), Tortosa propone una reflexión acerca de las enseñanzas que la investigación para la paz podría sacar de esta situación, planteando los problemas en su contexto histórico concreto (después de la Guerra Fría), reintroduciendo en el análisis variables económicas (y ya no sólo culturales), y aplicando al mismo tiempo una perspectiva global y una perspectiva local.*

José María Tortosa es profesor de Sociología en la Universidad de Alicante.

Especulemos: ¿qué factores pueden llevar a una nueva escalada armamentística a escala mundial? Una primera respuesta se obtiene en el campo de la economía cuando se observa el aparente retorno del keynesianismo. En realidad, y cuando se trata del armamento, el keynesianismo nunca se fue: de hecho, la política reaganista, a este respecto, no fue otra cosa ya que, bajo una retórica de Estado mínimo y bajo el eslogan de “menos Estado, más mercado”, practicó un evidente keynesianismo, bombeando dinero público en el sistema económico en general y en el de I+D militar y de producción de armamentos en particular.

Es cierto, de todos modos, que su keynesianismo fue, como entonces se calificó, un keynesianismo “invertido y pervertido”. Si el keynesianismo original es una política de fomento de la demanda a través de la obra pública y la economía mixta, el keynesianismo reaganista se basó, por un lado, en la construcción de armamento, y en la Iniciativa de Defensa Estratégica (la “guerra de las galaxias” como la llamó el senador Kennedy) por otro. Ninguno de estos dos asuntos son ejemplos de obra pública ni de economía mixta, al margen de los escándalos y corruptelas a

los que dieron pie, fruto del contrato público a empresas privadas y del Complejo Militar Industrial del que ya habló el general Eisenhower en su discurso de despedida de la Presidencia estadounidense y que, en su opinión, estaría tomando decisiones por encima de los intereses nacionales.

Sea como fuere, muy diversos factores anuncian un cierto retorno de Keynes y un no menos visible descenso del triunfalismo del “menos Estado, más mercado” observable cinco años atrás. En primer lugar, el colapso del Partido Comunista en la Unión Soviética no ha supuesto el “fin de la historia” sino nuevos problemas para el liberalismo. Para muchos, el fracaso del comunismo ha significado, curiosamente, el descrédito del liberalismo. En segundo lugar, la creciente volatilidad de los mercados financieros anuncia una necesidad de intervenciones estatales impensables hasta hace poco y hoy requeridas, con mayor o menor entusiasmo, por Camdessus desde el Fondo Monetario Internacional o por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo y hasta desde la Secretaría de Naciones Unidas se insta a dar pasos hacia un “gobierno mundial”. En tercer lugar, los intereses inmediatos de actores públicos y privados han hecho aparecer propuestas que van desde la del gobierno francés por boca de su ministro de Economía hasta el reciente libro de George Soros sobre la crisis del capitalismo global.

Si se prefiere, el retorno del keynesianismo viene anunciado por una conjunción entre los planteamientos normativos (los valores representados por los movimientos sociales), los institucionales (las diversas agencias internacionales) y los realistas o pragmáticos (representados por los gobiernos y los grandes agentes internacionales). La cruda realidad ha hecho, como se ve, extraños compañeros de cama. Pero este retorno, tan celebrado por algunos, tiene su precio y eso podría ser el incremento de la escalada armamentística mundial.

La tentación de utilizar el sector industrial del armamento para el consumo interno (empresas subsidiarias incluidas) y para la exportación, para de esta forma mejorar el indicador de los indicadores, es decir, el Producto Interior Bruto, por un lado, y la balanza comercial, por otro, es una tentación demasiado evidente como para no percatarse de que empieza a ser aplicada a escala global, con independencia de las campañas locales referidas al ejército profesional y sus intervenciones humanitarias. La medida es, como se la llama en el lenguaje críptico de algunos economistas, “contracíclica”, queriendo decir con ello que se intenta aplicar para procurar pasar, en la economía, de una fase B, de contracción, a una fase A, de expansión, según la terminología que se utiliza para hablar de los ciclos económicos largos u ondas Kondratiev.

El retorno del keynesianismo tiene, además, un elemento que no hay que olvidar: era Keynes el que hablaba del papel de la guerra en la economía, de cómo las crisis se resolvían en conflictos armados a escala mundial y demás argumentos para explicar los enfrentamientos bélicos y el armamentismo que tan bien pueden encajar en la actual coyuntura mundial. Frente a los clásicos y neoclásicos, que discuten la industria del armamento como inversión en sectores menos productivos y, por tanto, como inversiones que detraen fondos de otros sectores que serían más interesantes, los keynesianos acaban viendo esta industria como parte de un sector público y tienen que acabar pensando que el producto, si se fabrica, es para usarse.

Una segunda respuesta a la pregunta sobre los factores que pueden llevar a una nueva escalada no viene de la economía, sino de la política. No está aislada de la anterior, pero tiene una lógica diferente. Para algunos, la Tormenta del Desierto y, sobre todo, la operación Zorro del Desierto contra Irak tuvieron algunos objetivos no declarados, pero no por ello menos importantes (al margen “sacarse la espina” de la derrota de Vietnam que mencionaba Bush).

En primer lugar, se trataría de dar una “señal” a la potencia que puede poner en dificultades, a medio plazo, a la actual potencia hegemónica anglosajona (no se olviden las divisiones que Orwell hacía del mundo en su novela “1984”). La amenaza a dicha hegemonía no vendría del Islam, enemigo de Occidente (eso es para consumo masivo, pero no para la toma de decisiones), sino de China.

Estados Unidos tiene ya suficiente experiencia de ataques sanguinarios y despiadados y aparentemente inútiles como para no ver que se está repitiendo, y no en forma de comedia, sino de nuevo en tragedia. Me refiero a las bombas de Hiroshima y Nagasaki, inútiles para vencer a Japón, en cualquier caso inútil la segunda, y que fueron lanzadas, primero para experimentarlas sobre objetivos civiles intactos (se había evitado cuidadosamente cualquier daño previo a dichas ciudades), en número de dos para poder aplicar la metodología científica comparada (no se conoce si no es por comparación) y, sobre todo, que fueron lanzadas para enviar una “señal” a la Unión Soviética, todavía aliada aunque se avistaba “enemistad” futura.

Que las elites estadounidenses perciben a China como futuro rival en la hegemonía es algo claro: un Producto Interior Bruto, a paridad de poder adquisitivo, igual o superior al de Estados Unidos: unas tasas de crecimiento en torno al 10 por ciento anual sostenidas desde las reformas de Deng Xiaoping, una capacidad nuclear probada, una posesión de la tecnología aeroespacial que hace que alquile a los mismísimos Estados Unidos la lanzadera Larga Marcha con base en Sichuán..., un incremento en los gastos militares resultado de su buena economía, y una mejora de su tecnología militar gracias a las “ayudas” de Clinton como pago a donaciones para la campaña electoral presidencial, siguiendo con eso una tradición en la que tanto aportó Henry Kissinger y su cesión de información e “inteligencia” en tiempos de la Guerra Fría.

El otro objetivo del Zorro del Desierto era grabar “vídeos de promoción” de las armas inteligentes, infalibles, limpias... y caras. Conviene recordar, a este respecto, los entusiasmos del entonces Presidente Bush con los misiles Patriot, con independencia de la participación tecnológica de Mitsubishi en los mismos. Fiel a su papel de “agente comercial” o “vendedor” de Estados Unidos, lo que Bush estaba explicando eran las ventajas de su producto respecto a otros productos incompatibles y las respuestas del ministro de defensa israelí, haciendo ver el alto porcentaje de fallos que habrían tenido los tales Patriot, tenían más que ver, a lo que parece, con el comercio internacional de armas que con la puesta a prueba científica.

Los efectos secundarios de estos dos objetivos son, se quiera o no, una mayor proliferación armamentística. Las etapas de lucha por la hegemonía son particularmente belicosas y militaristas. Es el “ahora o nunca”. Pero este uso “keynesiano” de la industria militar es también una invitación a la escalada y a la

*El otro  
objetivo del  
Zorro del  
Desierto era  
grabar  
“vídeos de  
promoción”  
de las armas  
inteligentes,  
infalibles,  
limpias... y  
caras.*

*No hay más remedio que aplicar simultáneamente una perspectiva global y una perspectiva local: es cierto que las ocasiones del conflicto son locales, pero no es menos cierto que las causas más profundas son globales.*

carrera armamentística, visible ya en el sureste asiático con las dos Coreas, Japón y China como vértices del triángulo y habiendo sobrevolado ya Japón misiles norcoreanos, descargados eso sí, que han permitido una legitimación adicional del retorno de la ética del *bushido* y han dado argumentos al rearme de China, vista entonces como “potencial enemiga” de India, dando así pie a justificar los *Agni* que, a su vez, empujarían a Pakistán a su propio rearme, que incluye, como es sabido, el nuclear, como si de Francia se tratara.

Sigamos con la especulación y apliquémosla a la investigación para la paz. La caída del Muro en 1989 y el colapso del Partido Comunista en la URSS en 1991, que ahora sabemos que nada tienen de irreversibles, trajeron consigo un visible aumento de los conflictos bélicos intraestatales, conflictos que tenían como contendientes a grupos dentro de Estados preexistentes. Así resulta en todos los catálogos de conflictos realizados desde esas fechas hasta nuestros días: los conflictos intraestatales superan con mucho a los interestatales. Pues bien, si lo dicho hasta ahora es correcto (e insisto que es especulación) podríamos estar regresando a una situación más convencional para la investigación para la paz.

En los tiempos de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética (que no entre “capitalismo” y “comunismo”, de lo contrario no se entendería la actual política estadounidense con China y, sobre todo, con Vietnam) la investigación para la paz podía definirse como “relaciones internacionales a las que se añaden valores”. En esta transición mundial que estamos viviendo, en cambio, la investigación para la paz podría haberse definido como “antropología –o sociología– a la que se añaden valores”. Si esta transición se resuelve como parece que lo está haciendo, puede volver la importancia de las relaciones interestatales (ahora ya sabemos que inter-“nacionales” no es un término correcto, que hay muchas más naciones que Estados), las ideas de seguridad, defensa y demás retornos perceptibles dentro de los *security studies*.

¿Qué habremos aprendido, entonces? En primer lugar, la necesidad de situar los problemas y nuestra forma de abordarlos en su contexto histórico concreto. En segundo lugar, la conveniencia de introducir en ese contexto histórico perspectivas de, por lo menos, medio plazo, ya que el diagnóstico y el pronóstico con los que comienza una investigación para la paz que quiere concluir con un tratamiento o terapia, tienen que basarse en perspectivas históricas más amplias que la mera acumulación de eventos puntuales con que nos puede aturdir el sistema de los medios de comunicación. En tercer lugar, el interés que tiene el reintroducir las variables económicas después de una etapa en la que lo que ha dominado ha sido el culturalismo. No se trataría, obviamente, de negar el papel de la cultura en los conflictos, sino de entenderlos de forma más completa.

Finalmente, hemos aprendido que no hay más remedio que aplicar simultáneamente una perspectiva global y una perspectiva local: es cierto que las ocasiones del conflicto son locales, pero no es menos cierto que las causas más profundas son globales; lo global explica por qué en determinadas coyunturas aparecen más o menos fenómenos de una determinada clase, por ejemplo nacionalismos, mientras lo local explica por qué aparecen en ese lugar y no en el de al lado.